

## **LA ESTRUCTURA SÍQUICA DE TITO ANDRÓNICO**

(PRIMERA PARTE)

**José María BARDAVÍO**

La guerra de las Dos Rosas (como toda guerra) redujo la condición humana a su perfil más estrecho. Primero conflictos, batallas y traiciones, pero muy pronto asesinatos, regicidios y crueldades sin freno. El espíritu de Ricardo III se formó en ese aquelarre de perversidades. Como si sus vísceras y su deformada estructura humana las hubiera engendrado el mal y la decadencia histórica. Un ser humano como Ricardo III es imposible fuera del contexto histórico en el que fue emplazado por Shakespeare. Es, efectivamente, demasiado maligno; pero está perfectamente recreado y justificado si aceptamos que su predisposición al mal resulta insondable precisamente por el mal histórico, verdaderamente inconmensurable, que le precedió. Fueron sus actividades cotidianas la hipocresía, la traición, la mentira, la insidia y la iniquidad; disolviendo las unas en las otras y tejiendo una malla viscosa cuyo halo contaminó a todos como si se tratara de una tremenda seducción vampírica. Shakespeare quiso sintetizar en un personaje todo el cúmulo de mal que la violencia y la guerra pueden engendrar. Insisto, no un producto de la guerra sino una creación de la guerra: la violencia de la guerra metamorfoseada en ser humano. Personaje trágicamente supremo que como en una visión de fulgurante azufre explotó fi-

nalmente en un paraje de desoladas convulsiones hitóricas. Con su muerte la historia tocó fondo. A partir de él se inició el Renacimiento inglés. A Ricardo III se le negó el caballo que cambiaba por Inglaterra. Un caballo imposible de recuperar porque con Ricardo acaba el caballo, la Edad Media. Un rey en el suelo iba a tener pronto un arma de fuego. Al negársele el caballo se le niega una época, que él cierra, de bruces y desamparado, sobre el suelo de un reino que trató de vender por nada.

Tito Andrónico (*Titus Andronicus*), escrita el mismo año (1593), es exactamente lo opuesto. El héroe ha heredado todo lo bueno de la historia de Roma. Su familia, los Andrónico, han acumulado durante muchas generaciones el respeto de los ciudadanos del Imperio. Sin embargo, después de Ricardo III empieza un futuro glorioso, mientras que después de los Andrónico el Imperio romano está muy cerca de su desaparición. Aquél es el fin del mal; éste el final del bien. Ricardo III no tuvo hijos, no pudo tenerlos ya que la conciencia de desear un hijo implica un acto de generosidad. Tito Andrónico tuvo veinticinco hijos varones y una hembra. Inglaterra fue para Ricardo un laboratorio para la fabricación de iniquidades (de las que nadie se libró), Roma, para el general Tito Andrónico, un pozo insondable donde su generosidad nunca fue suficiente para cubrirla. Nadie jamás fue tan generoso para el estado, ni lo defendió con tanta fe. Dedicó cuarenta años de empeño ciclópeo en contener a los bárbaros invirtiendo su alma, su cuerpo y la proyección de su ser: los hijos incansablemente engendrados que acudían a su lado cuando eran aptos para la guerra. La última y la peor de las contiendas ha sido contra los godos. Ha durado diez años pero al fin el general ha vuelto a vencer. Parece, además, que un futuro de paz va a abrirse ya que ha conseguido hacer prisioneros a un importante número de principales godos, y entre ellos, a la reina Tamora y a sus tres hijos.

Cuando empieza al obra toda Roma espera el regreso del general victorioso. La ciudad entera está congregada en las inmediaciones del monumento que el pueblo de Roma construyó en memoria de los Andrónico, la familia más insigne del Imperio. No cabe mayor gloria, mejores servicios al estado. Devoción, respeto, admiración y gratitud a Tito. El acto eclipsa cualquier otro acontecimiento. Hace poco murió el emperador y sus dos hijos, Saturnino y Bassiano, candidatos oficiales al trono imperial, están también aquí es-

perando. La política interna, el problema de la sucesión, se ha detenido porque Tito merece la atención y el respeto de todos. Mientras la ciudad espera, muchos piensan que Tito no sólo ha sido el hacedor y mantenedor de la gloria del imperio en momentos en donde la quiebra parece presagiada por las avalanchas incesantes de los pueblos bárbaros, sino que además debería detentar el poder supremo para perpetuar su estabilidad. Tito, que representa el triunfo del pasado y la gloria del presente, debería ser nombrado emperador, así el futuro estaría garantizado. Muchos lo piensan mientras esperan a Tito Andrónico. Por otro lado, con toda Roma reunida, la ocasión es espléndida para la propaganda política y Saturnino, celoso del fervor popular por Tito y haciendo más caso a su ambición que al respeto que exige la espera, no pierde la ocasión de defender su candidatura. Defiende ante todos sus aspiraciones al trono desde la perspectiva de un derecho que él llama sagrado y que es el de la primogenitura. Ningún argumento -dice- puede ser de más peso que el hecho de ser él el primogénito del emperador fallecido. Su hermano Bassiano apaga los gritos de apoyo de los seguidores de Saturnino alegando en su discurso razones en favor del mejor, que sea -dice- la valía personal y las dotes del candidato lo único que cuente a la hora de la elección.

También está allí Marco Andrónico, hermano del general, la figura política más prominente de Roma. Su influencia y su valía personales lo han convertido en -a falta de emperador- verdadero jefe de los destinos políticos de Roma. Marco respeta a su hermano Tito por encima de todas las cosas. Quisiera que Tito fuera nombrado emperador y ha hecho todo lo posible para conseguir (y lo ha conseguido) el favor de las fuerzas políticas importantes de Roma para orientar la sucesión en favor de su hermano. Este es exactamente el regalo que Marco va a entregar a su hermano Tito: la toga blanca de candidato oficial al trono imperial. Después de que los dos candidatos oficiales han hablado, Marco toma la palabra anunciando que el pueblo de Roma, al cual él representa, ha elegido a Tito candidato oficial al trono imperial. La voluntad popular, convencida de las portentosas dotes del general, se ha inclinado no por los sucesores directos del emperador sino por el general Tito Andrónico. Marco no dice, pero sabe, que a la hora de la elección definitiva también el Senado apoyará a su hermano. Después de recordar vibrantemente los méritos indiscutibles que reúne Tito justificando sobradamente la designación popular, invita a los dos hijos

del emperador a que disuelvan las fuerzas que les apoyan. El discurso de Marco es tan elocuente, es decir, tan sujeto a evidencia que Bassiano acepta las invitaciones de Marco e incluso las respalda. Saturnino, el primogénito, más reticente, acaba deponiendo su actitud encubiertamente agresiva.

Súbitamente aparece un oficial anunciando la inmediata entrada del vencedor. Suenan las trompetas expandiendo al mundo la alegre bienvenida. Se acerca el desfile precedido por un grupo de oficiales al mando de Marcio y Murcio, dos de los cuatro hijos del general. Luego, solo, Tito Andrónico. Precede a un sombrío cortejo de ataúdes. Más allá cerrando el grupo mortuorio, Lucio el primogénito y Quinto. Al fondo, la reina Tamora y sus allegados protegidos por una escolta de honor. El solemne y fúnebre cortejo desplaza la alegría y debilita los vítores del pueblo. Cuando depositan los numerosos ataúdes, el silencio es absoluto. Tito habla. Saluda a Roma con el laurel de la victoria pero también con el lamento de tantas muertes. No pide gloria para su persona sino honras fúnebres para sus veintiún hijos muertos. Se inicia la ceremonia y los ataúdes son conducidos a la entrada de la cripta al pie del monumento. Tito ha pronunciado hermosas palabras en memoria de sus hijos y ahora Lucio pide a su padre que designe al más importante de los prisioneros godos *para cortar sus miembros y ofrecer en una pira su sacrificio*. Tito responde: *Os entrego éste, el más noble de los que viven, el primogénito de esta afligida reina*.

Tamora pide clemencia. Habla de piedad, apela al sentimiento filial del que Tito hace gala; le recuerda que la misericordia es el símbolo de la verdadera grandeza. Tito se muestra implacable: se trata de una muerte ritual, parte de las honras fúnebres que exigen la sangre del vencido *para aplacar las sombras dolientes de los que ya no existen*. Y los cuatro hijos de Tito salen llevándose a Alarbo. Los otros dos hijos de Tamora tratan de consolarla. Ella expresa su angustia en un lamento: *¡oh cruel, impía piedad!*.

El humo de la pira se eleva. Los hijos de Tito Andrónico cortan con sus espadas los miembros de Alarbo y los arrojan al fuego. El general está absorto. Los féretros han sido depositados en la cripta. Lucio exclama: *Mirad, señor y padre, hemos cumplido nuestros ritos romanos. Los miembros de Alarbo han sido cortados y sus entrañas alimentan el fuego del sacrificio cuyo humo, co-*

*mo incienso, perfuma los cielos*. Y Tito, perdida su mirada en la cripta, musita: *Descansad aquí, hijos míos, en la paz y el honor. Intrépidos defensores de Roma, reposad aquí al abrigo de las vicisitudes y desgracias de este mundo. Aquí no se oculta la traición; aquí no se respira la envidia; aquí no entra el odio infernal; aquí ninguna tempestad; ningún rumor turbará vuestro reposo, sino que gozais de un silencio, un sueño eterno. ¡Reposad aquí hijos míos en la paz y el honor!*.

Lavinia y Marco Andrónico han salido de la tribuna de principales y bajado a reunirse con Tito. Allí, frente a la cripta, ella se une a su padre. Luego es Marco quien abraza a Tito mostrando también su satisfacción y orgullo por sus cuatro sobrinos supervivientes. *Queriendo alejar su tristeza, le comunica que el pueblo de Roma, premiando justamente sus méritos, le ha designado candidato al trono imperial: Ponte esta túnica -exclama felizmente Marco- y ayuda a dar a Roma la cabeza de que carece*. Todos miran expectantes a Tito. Pero el general no parece entusiasmarse ante el paño blanquísimo que le ofrece su hermano; la túnica blanca que deben vestir los candidatos y que le proyecta tan cerca del trono. Tito acaba rehuyendo el honor y la responsabilidad del nombramiento; se refiere elusivamente a excusas que parecen minúsculas en comparación a lo ofrecido: se siente cansado; cuarenta años de lucha; padecimientos terribles; quizá su muerte esté ya cerca: *Dadme un bastón de honor para apoyar mi vejez pero no un cetro para gobernar el mundo*.

Tan sorprendente e inesperada respuesta desconcierta a todos. Marco ha luchado mucho políticamente para conseguir la designación; piensa que se trata de un agotamiento pasajero y exclama animándole: *¡Tito, pide el imperio y lo tendrás!*.

A Saturnino, primogénito del emperador fallecido, le ha exasperado la indiscreción de Marco puesto que "pide el imperio y lo tendrás" descubre -él supone- maniobras para conseguir la designación definitiva de Tito. En cuanto la respuesta del general rehuyendo la candidatura le parece una hipócrita exhibición de astucia: insistiendo en sus agotadores servicios al estado Tito predispone al senado -aquí reunido- a su favor y de paso, con esa treta propagandística, aumenta la simpatía hacia su persona. Abiertamente enfurecido grita: *¡Andrónico más valiera que te hubieras embarcado ha-*

*cia los infiernos antes de venir a robarme los corazones del pueblo!*. Tito se apresura a calmarle y, además, a prometerle su ayuda: *Tranquízate príncipe. Te restituiré los corazones del pueblo y les privaré de su voluntad*. Saturnino, capitaliza de inmediato a su favor tan sorprendente revelación y se apresura a prometerle gratitud eterna si le ayuda efectivamente en sus pretensiones al trono imperial. El general pide a los representantes del pueblo si aceptarían a un emperador designado por él mismo. Los tribunos no tardan en responder: *El pueblo aceptará el emperador nombrado por Tito. Tribunos -responde- os doy las gracias. Pido, pues, que elijais emperador al primogénito de vuestro soberano, el príncipe Saturnino de quien espero que las virtudes se reflejen sobre Roma como los rayos de Titán sobre la tierra y hagan madurar la justicia en todo el imperio*. Marco Andrónico respeta la decisión de su hermano. Y a continuación y dado que el recibimiento a Tito ha congregado a la ciudad entera, proclama con el consenso general y oficialmente a Saturnino emperador del imperio romano.

Saturnino, en su primer parlamento como emperador, quiere reconocer públicamente los servicios de Tito Andrónico y como muestra de gratitud expresa su deseo de desposar a Livinia. Tito se muestra muy complacido y en un acto de sumisión y agradecimiento regala a Saturnino su espada, su carro de combate, y los cautivos que le pertenecen como botín de guerra. *Gracias noble Tito, padre de mi existencia. Roma tendrá recuerdo de lo orgulloso que estoy de ti y de tus dones y cuando llegue a olvidar el menor de tus inestimables servicios, olvidad vosotros también, romanos, vuestros juramentos de fidelidad para conmigo*. Tito ahora se dirige a Tamora asegurándole que en consideración a su linaje será tratada con dignidad. Saturnino dedica a la bella Tamora palabras demasiado gentiles y admirativas. Manda después que se anuncien sus esponsales con la hija de Tito, lo que no le impide proseguir lo que ahora son ya descarados galanteos a Tamora.

Las veleidades del nuevo emperador empiezan aquí, aumentarán pronto y no se detendrán hasta el final de la obra. En cuanto a Tito, repasemos su conducta: En primer lugar desatendió testaruda e incomprensiblemente el favor del pueblo que le quería como líder. En segundo lugar no supo valorar el gesto de excepcional confianza de los representantes del pueblo permitiéndole que nombrara (se nombrara, incluso) emperador. Y en tercer lugar, hizo

caso -como Macbeth- a las brujas de la ingratitud cuando visitan su alma ("te restituiré" -ha dicho hace poco a Saturnino- "los corazones del pueblo y los privaré de su voluntad"). Lo incomprensible de Tito es que habiendo dedicado su vida entera al servicio del pueblo y del estado, y cuando ese pueblo y ese estado quieren recompensarle, en ese instante, cuando puede descansar su agotamiento en un trono merecido, brota la fea jactancia, el orgullo emponzoñado puesto que "manipular los corazones del pueblo" significa traicionar al pueblo. Y lo hace sobradamente nombrando emperador a una persona incompetente.

No debemos insistir en que Tito traiciona al pueblo puesto que hay un claro desplazamiento semántico entre un pueblo romano controlado y el ciudadano actual que vota libremente. Se trata, pues, de otra discusión en la que no entramos. Lo cierto es que atendiendo al texto, Tito no calculó (por eso era un mal político) que Saturnino fuese un gobernante más que incompetente, nefasto. En la elección de Saturnino subyace un problema crucial que se dispara fuera de la obra y que es universal. Se trata de lo que políticamente es preferible, monarquía o república. Los derechos históricamente adquiridos por una familia en el poder (la familia no tiene que ser necesariamente natural), o la elección del mejor (o los mejores), a través de la voluntad popular. Tito opta por la monarquía, Marco Andrónico por la república, dándose la paradoja de que siendo republicana la designación popular (que Tito sea el cesar), el designado es monárquico y proclama la monarquía hereditaria con el derecho que le ha dado la república, delegando el poder en el primogénito del difunto emperador. Acerquemos los problemas sucesorios siempre acuciantes y tortuosos del reinado de Isabel I a la luz de *Tito Andrónico*, y notaremos los guiños, murmullos y codazos de los espectadores isabelinos avisados.

Asignemos a Roma e Inglaterra los dos espacios históricos que corresponden a las dos pirámides de un inmenso e imaginario reloj de arena. El devenir de la tragedia *Tito Andrónico* corresponde a la traslación paulatina de la arena desde un espacio a otro. Tendremos así que las palabras (granos de arena) son lo que significan más el volumen (pirámide) que va organizando su transcurrir. Así se perfila y construye la intención oculta de la obra: lo que las palabras dicen sin decir y, además, y por cierto, así se revela la verdadera obra de arte. El espectador isabelino vivía en sí mismo el

problema crucial de la sucesión difícil de Isabel I ¿Por qué no un poder parlamentario cercano a la república si Isabel moría sin descendencia? Pero opinar sobre este tema era mortalmente peligroso. Las conspiraciones, las reales, las imaginarias y las imaginadas, una costumbre. Shakespeare se arriesgaba a opinar (en un tema tan delicado y peligroso) tras la sombra de la pirámide, a cubierto de los rigores de la censura y de los espías, bajo la sombra de las ideas proyectadas (pero directamente significadas) por las palabras. Sí, las sombras de las palabras de Shakespeare (y de los grandes creadores) son ideas perceptibles sobre los muros del tiempo que al espectador atemporal penetran como sombras de palabras, como fantasmas, hasta lo más profundo de sus entrañas.

Como en una moralidad medieval en donde el virtuoso peca justo antes de morir y se condena, el virtuoso Tito peca también de ingratitud y orgullo, y se condena. La vida de Tito a partir de la errónea decisión de nombrar a Saturnino emperador es un auténtico infierno en vida. Vive condenado y entonces, la obra no es sino una trasposición de una moralidad medieval. En efecto, hay síntomas de lo medieval en la estructura de la obra aunque no hace falta ir más allá del propio Tito para demostrarlo. Puesto que se trata caracterológicamente de una idealización de la condición del hombre virtuoso medieval. Perfectamente íntegro, perfectamente dedicado a su trabajo, perfectamente fiel y devoto del deber. Todo lo ha sacrificado (vida e hijos) al servicio de la patria. Un exceso de dedicación romántico-medieval y de virtud, escasamente homologable al estatus moral del renacimiento isabelino en donde observamos que bien y mal ya no están estrictamente discriminados sino simplemente mezclados. Un hombre nuevo que cree que el fin justifica los medios ha desplazado a aquel que pensaba que el fin justifica la virtud. Tito ha planteado su vida desde ese segundo axioma histórico. En este sentido es profundamente medieval y por lo tanto añadible al amplio cortejo de personajes de inspiración medieval que aparecen en Shakespeare y que suelen contraponerse a otros de específico corte renacentista, como Bolingbroke/Richard II; Benvolio/Romeo; y aquí Tito y Saturnino.

Saturnino sabe que lo único que efectivamente le importa es el poder, un poder que proteja sus veleidades. El honor no cuenta. Sus intenciones de casarse con Lavinia las considera un acopio más de poder: asegurarse al influyente general para siempre. Resuelto el

problema, se entrega de inmediato, con la seguridad que le proporciona la corona, a disfrutar de la bella Tamora. El trono le da derecho a todo y desempolva su frivolidad (estancada durante la campaña política), desde el momento que tiene el cetro en la mano, y la hace ostensible porque es parte del juego que más le satisface. Ha obrado -exagero sólo un poco- con justicia renacentista. El fin (poder) justifica los medios (hipocresía). Con Saturnino gana una sutil forma violenta de filosofía política que es, de hecho, también universal pero cuya cúspide la ganan (la roturan filosóficamente) los montañeros del pensamiento renacentista con Maquiavelo al frente. Allí enclavan el telescopio para hacerse con la sociedad a la vista del panorama social en crisis que contemplan. Saturnino no vacila en ser perverso (antisocial) mientras que Tito fue siempre un generoso servidor de la sociedad. Excepto al final cuando, en un instante, la traiciona, y se condena. ¿No es acaso ésta (el castigo de Tito) una perversión (traición al hombre) divina?. Al monte Sinaí (a la búsqueda de las leyes de Dios), dice el Renacimiento (Saturnino), sólo suben los tontos.

Hasta aquí nos hemos ocupado del comentario argumental de la conducta de los dos personajes más importantes de la tragedia en torno al tema de la elección de emperador. A continuación vamos a centrarnos en los hijos de Tito Andrónico para abordar luego y definitivamente el análisis psicoanalítico, es decir, la conducta profunda de Tito Andrónico. Cuando Saturnino reprocha indignado a Marco Andrónico por el grito de apoyo a su hermano ("Tito pide el imperio y lo tendrás"), y extiende su indignación hasta el propio Tito acusándole de "robarle los corazones del pueblo", Lucio, el primogénito, le increpa así: *¡Presuntuoso Saturnino, interruptor del bien que quiere hacerte el generoso Tito!*. De cuyas palabras podemos deducir que los hijos de Tito saben (antes de que Tito nombre emperador a Saturnino) cuál es la decisión de su padre. Saben (o suponen) que Tito no quiere el poder (ser el César); y saben que se ha decidido (entre Bassiano y Saturnino) por el primogénito. Algo más, Lavinia, la única hija del general, está prometida a Bassiano. Y si Tito quisiera aferrarse al poder con sólo respaldar la causa de Bassiano (mucho más demócrata que la de Saturnino), los Andrónico serían parte de la familia imperial. Están de acuerdo con su idea del estado (:un ejecutivo emanado desde una élite; sin contar directamente con el pueblo). En la familia Andrónico cohabitan, pues, tres ideas políticas. La monarquía de Tito, la republicana de Marco y la llamémosla mixta de Bassanio.

Cuando Saturnino (sin dejar de cortejar a Tamora) anuncia que va a casarse con Lavinia los hijos de Tito, Bassanio y el propio Marco Andrónico manifiestan su indignación. Bassanio se apodera de Lavinia y le grita al emperador *¡Esta doncella me pertenece!*. Así que la primera decisión del recién nombrado emperador (casarse con Lavinia), es objeto de repulsa por parte de personas tan importantes. Y tienen razón. Saturnino, casándose con Lavinia cree asegurada la fidelidad del influyente general sin reparar (y protegido por la ilimitada omnipotencia que le confiere el cargo) que Bassanio (hermano y rival en la candidatura del trono) y Lavinia se aman y han concertado su boda. O peor: al anunciar Saturnino su boda con Lavinia se venga de su hermano ya que Bassiano basó su candidatura en declarar una y otra vez que su hermano (el actual emperador) era un bribón y llevaría al país al desastre. En resumen, protegido por la garantía de ser él el emperador, Saturnino liquida de un golpe dos problemas: el asegurarse la fidelidad de Tito (si le ha apoyado a él no puede apoyar a Bassiano) y vengarse y ridiculizar a Bassiano. Pero Saturnino no había contado con la rebelión de los hijos de Tito, ni con la del propio Marco. Y ahora, todos a una, protegen a Bassiano y Lavinia. Todos a excepción de Tito Andrónico. El general no da crédito a sus ojos. Para él se trata de un levantamiento que incluye a toda su familia incluso al prudente Marco. Habiendo nombrado él mismo a Saturnino, ve indignado que su primera disposición es violentamente rechazada por ellos. Y a continuación ve cómo Bassiano se lleva fuera (rapta) a Lavinia protegida por Marco. La indignación de Tito es tal que cuando uno de sus hijos, Mucio, le cierra el paso para ir tras los raptadores, desenvaina la espada y lo mata. Lucio, el primogénito se acerca al cuerpo agonizante de su hermano:

*Lucio.- Señor sois injusto. Habéis dado muerte a vuestro hijo por una querrela infundada.*

*Tito.- Ni tú ni él sois mis hijos. Mis hijos no hubieran querido deshonrarme. ¡Traidor, devuelve la joven Lavinia al emperador!*

*Lucio.- Muerta si lo queréis, mas no para ser su esposa, pues está legítimamente prometida a las ternuras de otro.*

El emperador ante la confusión general y los sentimientos encontrados de los Andrónico que presagian violencia, reacciona inculcando al asombrado Tito Andrónico de todo lo que está pasando: *No, Tito, no. El emperador no la necesita; ni a ella (Lavinia) ni a ti. Ni a ninguno de tu raza. Me falta tiempo para fiarme del*

*que se ha burlado de mi una vez. Jamás tendrás mi confianza, ni tus hijos, pérfidos e insolentes, todos confederados para deshonrarme. ¿No habrá nadie en Roma sino Saturnino para que le hagais objeto de vuestros insultos? Esta conducta, Andrónico, cuadra bien con tus insolentes alabanzas cuando dices que he mendigado de tus manos el imperio. Y Tito no dando crédito a tan injustas y difamantes palabras del que le debe todo, exclama: ¡Oh monstruosidad! ¿Qué reproches son estos?*

El análisis sicoanalítico de Tito Andrónico completará el conocimiento de la conducta profunda del general y arrojará datos imposibles de obtener a través de la crítica convencional. Digo del general porque la profesión de Tito Andrónico se ha convertido en el rasgo caracterológico más evidente, y del que nadie duda. Su trabajo como militar ha condicionado la *totalidad* de su personalidad síquica. La exagerada, obsesiva y, por lo tanto, neurótica entrega del general al sistema, rige y condiciona su estructura síquica. Su profesión es un axioma, una ley fija e inmutable que se manifiesta brillante en el campo de batalla y desastrosa en su relación con el resto de su campo síquico y desastrosa también en su relación con los demás. La tragedia *Tito Andrónico* es la historia de los efectos alienantes que la violencia legal ha causado en un profesional de la guerra. Los efectos aniquilantes de la violencia en el yo de un profesional de la violencia. Este es sin duda el plato fuerte, de tan abundante festín trágico, que nos ofrece Shakespeare en esta obra. La deformación síquica que opera en el arquetipo de la violencia -el general victorioso por excelencia- locura que brota en aquel que matando en aras del glorioso deber mata animales de su propia especie. No hace falta ser muy perspicaz para notar sus síntomas en las grandes contradicciones de su proceder público: sirve mejor que nadie a la patria en el campo de batalla, pero se niega a servir a la patria en lo que parece más fácil: aceptar el trono imperial. Es pública la ineptitud de Saturnino, pero lo elige emperador. Rechaza a su regreso victorioso el justo reconocimiento del pueblo de Roma a sus méritos militares en favor de realizar honras fúnebres para con sus hijos muertos, pero no duda un instante en matar a su hijo Mucio.

Tito, se opone (sin poder dar razones para ello) al progresismo político de su familia (de sus hijos y su hermano Marco). La inflexible virtud se ha convertido en pasión deshumanizada. La vida de

Tito es significativa por sus significantes no por sus significados. Actúa, no piensa; milita, no siente. La potencia de su carácter ha arrasado a sus hijos que han muerto por sus ideas deshumanizadas. El ruido de las ideas y no el sonido melódico de las ideas del ser pensante. El no siente la muerte de sus hijos puesto que se trata —cree— de un honroso deber hacia una patria a la cual sólo sabe servir con la espada. Servir a la patria se ha convertido en una servidumbre disasociada del resto de su integridad síquica. Y así el triunfo en el campo de batalla lo realizó un robot. Tito fue una perfecta máquina de matar que salvó al imperio sin percatarse que ya no existía como hombre; sin percatarse de que su conducta no procedía de la respuesta unánime, conjuntada e integral de su estructura síquica sino solamente de una parte de esa estructura síquica, el superyó.

Advertimos dos razones en la elección de Saturnino, Tito es consecuente con los principios menos progresistas que le han conducido a la excepcional expansión de su superyó. Se trata de aquellos principios defendidos por los que suprimen la base humana de las ideas y se quedan sólo con abstracciones fanáticas. Ya hemos visto cómo Tito defiende el imperio pero esquivo la voluntad del pueblo, sin que Marco (el yo equilibrado universal) alcance a comprenderlo. La segunda razón es de orden síquico: al nombrar emperador a Saturnino se nombra emperador a sí mismo. *Cansado y agotado* (de tanta sangre) *busca un bastón de honor y no la corona* (dice). Efectivamente se proyecta en un modelo ideal y fantástico. Saturnino coincide con esa construcción fantástica porque es el primogénito del último emperador y la defensa de la monarquía absoluta exime la pública ineptitud de Saturnino. Vemos, pues, como una deformación síquica producida por el uso constante de la violencia determina las aberraciones políticas a las que nos tiene acostumbrada la historia. El emperador político, es el superyó de Tito que ha conquistado su sique por efecto de la violencia y que ahora es proyectado en una persona real. Tito ha ido sometiendo todo aquello que no es superyó al imperio del superyó. La norma, la costumbre, la ley (la ley no buena o mala, sino la ley). Cuando matar y torturar (sacrificio de Alarbo) se convierte en algo sumamente fácil en razón de la profesión, la violencia se convierte en conducta legítima mientras crece la obsesión y el fanatismo. Que Tito permita la tortura de Alarbo (en razón de principios religiosos), y que mate a su hijo Mucio con tanta facilidad, declara lo peligrosamente fá-

cil que es para Tito matar. Para Tito todo lo que está fuera de su aberrante código (los que mantienen principios "indiscutibles" son, sólo por ello, personas mental y síquicamente aberrantes), debe de ser destruido, incluidos sus propios hijos. La justicia, la patria, el honor, son para Tito conceptos reciclados exclusivamente en el superyó, por ello tan falsos como fanáticos puesto que el superyó se ha convertido en el ídolo adorado por el yo (yo ideal) y toda su sique está a su servicio. El que mata a los demás también se mata a sí mismo y cuanto más asesina más inválido se encuentra para ser justo consigo mismo.

Al nombrar emperador a Saturnino, Tito no se fija en el sujeto, en el ser humano llamado Saturnino, sino en lo que representa. Se trata, por lo tanto, de respaldar la idea irracional (ley irracional sin sujeto portante) en detrimento de la dinámica progresista que ofrece Bassiano (al que apoyan sus propios hijos), u otras alternativas. Tito realiza un acto de supremo narcisismo y de reafirmación del superyó, mientras, asegura en el poder lo irracional e inhumano. Notemos que este proceso es subconsciente, que Tito, ahora, jamás aceptaría (luego lo hará) tales verdades. Y es en esta inconsciencia en donde encontraríamos la actitud segura en fanatismo e irracionalidad, de muchos dirigentes políticos actuales del planeta cuya estructura síquica está dominada por un crecimiento desmesurado del superyó que anula funcionalmente al yo. Por otro lado, las largas y repetidas muertes de su progenie han activado en Tito una actitud omnipotente (no de fracaso sino de omnipotencia) porque muriendo partes de sí mismo, partes creadas por sí mismo (sus hijos), esas muertes a nivel profundo ratificaban la vitalidad de sus principios. En la muerte de sus hijos en el campo de batalla, Tito encontraba el alimento síquico para acrecentar su omnipotencia. De cada muerte de cada uno de sus hijos, él renacía una y otra vez acrecentando la fuerza de sus convicciones que le hacían excepcional a los demás.

Sus hijos, en cambio, han tenido que ser (y han sido) fieles al sistema. Pocas oportunidades tuvieron de pensar en el campo de batalla sometidos a las exigencias de su padre. Pero pensaron. Sabían que en Roma les esperaba la guerra fría de la corte en donde la espada no sería tan útil como las sutilezas políticas. Pensaron que la idea del estado formulada por Bassanio era la acertada, pero sabían también lo peligroso que podía resultar manifestar tal convicción

ante su padre. Bassanio (mucho más joven que Saturnino) y Lavinia, la única hembra de la familia Andrónico, se amaban y pensaban contraer matrimonio pronto. Los hijos varones de Tito, sin suponer los acontecimientos que sucederían en Roma con el espectacular nombramiento de Saturnino, esperaban poder apoyar a Bassanio; en él centraban su simpatía y con él estaban políticamente. Pero cuando se revelan con Bassanio y el propio Marco (símbolo del yo equilibrado universal) a la pérfida iniciativa de Saturnino de desposar a Lavinia, se convencen asombrados de que lo que suponían subconscientemente pero no aceptaban conscientemente (el fanatismo de su propio padre), se cumple y Tito mata a Mucio. Para Tito, la defensa de la causa de Bassanio y su pretensión de casamiento con Lavinia, es un insulto a su persona en las actuales circunstancias en las que el emperador, por el mero hecho de serlo, quiere desposarla. El emperador tiene derecho a la irracionalidad en cambio la actitud de sus hijos es indigna y deshonrosa. Ahora bien, debemos entender que a nivel síquico el hecho de que los hijos de Tito Andrónico se opongan a la primera decisión del emperador, encierra una oposición subconsciente a su padre en cuanto que el emperador se ha convertido en una proyección del propio Tito y que representa los principios que justificaron el matar reunidos en el elegido emperador para garantizarlos y perpetuarlos. Y contra tal cosa se revelan los hijos, todos a una. Se revelan, en suma, contra esa perpetuidad de los privilegios del padre que tratan de eternizarse en la figura suplente, pero idéntica, del emperador.

Esta dinámica de la oposición al padre por parte de los hijos podemos sobreponerla con éxito a la primigenia: a la oposición al padre tal y como se produce en el contexto de la horda primitiva (*Totem y tabú*). Y del mismo modo notaremos que coinciden las estructuras incestuosas surgidas en la familia Andrónico y la disposición tensional que traza el tabú del incesto en el clan primitivo. En la horda primigenia el jefe lo era en virtud de sus cualidades físicas. El liderazgo en la caza y la defensa se extendían hasta la posesión de las hembras. Deterioradas sus fuerzas con el paso de los años, de entre los miembros más jóvenes surgía el más fuerte relevándolo de su liderazgo por la fuerza. Tal proceso garantizaba la supervivencia de la horda, al depender el liderazgo en el más fuerte y hábil del grupo. El paso siguiente en la evolución de esta organización social primigenia, consistió en el sistema de restricciones (entre ellas el tabú del incesto), creadas por el jefe para garantizar su hegemo-

nía y permanecer como líder cuando sus fuerzas físicas fallaran. Tito separa a sus hijos de las mujeres (enviándolos a la guerra). Y extiende el sistema de restricciones fundamentales al impedir el desarrollo de la propia personalidad de sus hijos con la prohibición tácita de manifestar sus opiniones y ser consecuentes con sus ideas. A la parte más sutil del sistema de amenazas que pende constantemente sobre los hijos, corresponde la tortura y muerte de Alarbo, un hijo más, en este caso de Tamora. El germen potencialmente incestuoso localizado en la estructura familiar de los Andrónico, consiste en el desplazamiento edípico colectivo de los hermanos a la única hermana y como respuesta síquica y resultado de la ausencia de la madre (innominada en la obra y muy probablemente plural). Bassiano al estar incorporado generacionalmente a los hijos de Tito y por despertar sus simpatías políticas, lo han asimilado e identificado a su ideal colectivo incestuoso. Bassiano "hermano político" pasa a ser "hermano incestuoso" y aspirante a la posesión oficial de Lavinia. Debe insistirse en que con Bassanio, Lavinia permanece, y con Saturnino se va puesto que pertenece a la esfera edípicamente detestable del padre. Lavinia permanece entre los hijos de Tito (el clan con aspiraciones incestuosas desplazadas a la única hembra de la familia), puesto que Bassanio es generacional, humana, y políticamente afín, *simpático* a ellos. Por ello la aspiración sexual de Bassiano canaliza y resuelve las de ellos que encuentran así solución fantástica a su problema edípico. En suma, al apoyar la resolución sexual de Bassiano hacia Lavinia, se identifican con él y resuelven así sus pulsiones incestuosas. Quede demostrada esta hipótesis en el fuerte contenido edípico que contiene la respuesta de Lucio, el primogénito de Tito, cuando éste exige con la espada que Lavinia sea devuelta al emperador: *Muerta si lo queréis mas no para ser su esposa pues está legítimamente prometida a las ternuras de otro*. Es decir, "antes muerto que bajo tu control" (ya que el emperador desde la perspectiva edípica de los hijos es una prolongación de su propio padre). "Muerta si lo queréis mas no para ser (tu) esposa, pues está legítimamente (ya no es tuya sino de Bassiano -el yo colectivo desplazado a su figura), a las ternuras (falo), de otro (falo legítimo de Bassiano).

Bassiano, decía, está aliado generacionalmente a los hijos de Tito, del mismo modo que Saturnino (mucho mayor que su hermano Bassiano), lo está a Tito. Notemos, pues, que la posibilidad de transferencia síquica desde Tito a Saturnino se ha hecho posible,



también, por el simple, a primera vista, hecho, de la afinidad generacional entre Tito y Saturnino. Tito ha matado a su hijo Mucio en la defensa de un sistema por él impuesto. Y puesto que lo ha matado desde el poder que él detenta, el crimen es impune. Y es que la dinámica de la muerte de Mucio no es muy distinta, aunque a primera vista no lo parezca, a la muerte de los otros veintiún hijos, puesto que por debajo de las guerras convencionales existen siempre otras guerras quizá mucho más trágicas y patéticas: la que inician los padres enviando a sus hijos a esa guerra; la de los padres que asesinan a los hijos en diferido. *La guerra* -afirma Bouthould- *es el homicidio organizado que se ha hecho lícito*. Ras-kovski es igual de elocuente: *La guerra es un sistema ordenado para la matanza sacrificial permanente de hijos*.

Se debe morir por la patria, asegura Tito, pero él que lleva cuarenta años de general no ha muerto por la patria. Sí, en cambio, veintiuno de sus veinticinco hijos varones. El manda, ordena, dispone, dirige y castra; a sus hijos que nunca pudieron ser lo que eran y a miles y miles de jóvenes soldados (excepcionalmente jóvenes por ser soldados). En suma, la inmolación de los jóvenes (guerra) para la perpetuación en el poder de los viejos. Decíamos que Tito ha matado a su hijo Mucio defendiendo el sistema, y a sus otros veintiún hijos por efecto de la obligación inexcusable de defender ese sistema ¿Qué sistema? aquel que es dirigido, y sin réplica posible, por la gerontocracia. Una gerontocracia que con idéntica estructura a la que retiene permanentemente el poder en la horda primitiva, aspira a perpetuarse mediante la aniquilación sistemática de los hijos. Muchos no aceptarán que la acción del general sobre sus hijos fue una cadena de asesinatos, ya que todas las guerras exigen, desgraciadamente dirán, el protagonismo, la muerte (decimos nosotros) de los jóvenes. Pero contemplada la guerra desde los profundos impulsos síquicos que las generan, advertimos en su génesis dos constantes permanentemente oscuras: la inversión (la acepción es crudamente económica) del hijo por el padre en la guerra; y la construcción fantástica, neurótica, de un enemigo depositario de la parte negativa del conflicto interno que soporta esa sociedad gerontocrática que así tiene la posibilidad de justificar el conflicto y evacuarlo mediante la violencia. Un hecho estadístico: cuando el poder (excepcionalmente) lo detenta una generación no alejada en edad a los jóvenes, disminuye muy considerablemente el peligro bélico y también las aspiraciones violentas de esa sociedad; cuando el poder, por

el contrario, descansa en una gerontocracia tiende a justificarse la guerra e incluso a inspirarse en ella y sublimarla como modelo de aspiración comunitaria. En suma, la gerontocracia evacúa mediante el filicidio las taras de un superyó social expandido y enfermizo (en el mismo sentido que aquí hemos visto se transformaba el campo síquico de Tito Andrónico en una expansión deforme del superyó a consecuencia de la violencia y la falta de meditación sobre conceptos tales como patria, honor, deber, etc.).

Las miserias a las que conduce la expansión enfermiza del superyó social son de consecuencias monstruosas. La exaltación de los significantes políticos acaban destruyendo los significados y convirtiendo el signo en tan falso como indiscutible. Así empiezan las dictaduras. Se basa su estrategia en impedir la acción benéfica renovadora y vital del pensamiento que es la savia de la idea. Las dictaduras congelan las ideas y las exhiben gloriosamente congeladas, es decir, en estado lamentable. Prohiben su oxigenación pues son intocables e indiscutibles. Cuando *todo* debe ser objeto de saludable discusión, las dictaduras no se ven con ánimos para discutir lo que dicen es su filosofía política. La fricción más inoportuna es la de la razón, de ahí la facilidad con que emplean la violencia. Adoran, o dicen adorar, una idea, que, cuando mucho, es el espectro, el fantasma, de la idea. Este proceso de anulación del pensamiento (tan consecuente con el modo de ser del general Tito Andrónico) degenera en violencia porque cercena e impide el desarrollo de la dimensión que hace a los hombres hombres: el pensamiento sobrevolando libre sobre *todas* las ideas. Empecinarse en abortar la libertad de pensamiento y la consiguiente expresión del mismo, supone una paralela merma de la actividad síquica siendo el área del ello social el espacio de la sicología social más vulnerado por tales restricciones al pensamiento y a las pulsiones. El ello es naturalmente libre, vital, erótico y creativo y debe ser utilizado por el yo so pena de convertir a hombres como Tito Andrónico en una máquina para matar, en un robot. La progresiva acumulación de material síquico (que no le pertenece) en el superyó social, culmina con el agotamiento de las pulsiones renovadoras de vida, eróticas, procedentes del ello, ocasionando el consiguiente desequilibrio síquico advertido por Freud en *El malestar de la cultura* y de precisa y elocuente aplicación en esta obra de Shakespeare.

Si el sacrificio de Alarbo, el nombramiento del emperador, y la

muerte de Mucio son actos generados por un superyó hegemónico, la donación de regalos al emperador en ocasión de la anunciada boda con Lavinia son actos cuya inspiración síquica procede del ello. Ahora bien, sería erróneo designar al ello algún tipo de operatividad estando como está profundamente sumergido en la estructura síquica de Tito. Esta cadena de actos elloísticos son, en realidad, actos síquicos de renuncia del yo a las pulsiones del ello, y una simultánea ratificación de la omnipotente superponderancia del superyó en la estructura síquica de Tito Andrónico.

Para mostrar la inoperatividad actual del ello, anotemos en primer lugar la escasa proclividad sexual de Tito, evidente contraste con una segura y abundante actividad sexual en su época de equilibrio síquico en la que tuvo veintiséis hijos. Pero aquellos fueron otros tiempos. Tiempos en los que el yo se debilitó al ir convirtiendo el superyó el dolor por la pérdida de sus hijos en omnipotencia, y como corolario de ese lento proceso, la deshumanización de las ideas al servicio del estado. Tito amó. Pero las posibilidades de amar terminaron cuando el ello acabó bloqueado mientras cristalizaba la preponderancia del superyó sobre el total de su estructura síquica. Cuando aparece Tamora, el ello de Tito está ya históricamente bloqueado. Tito viene a Roma trayendo consigo a Tamora la bellísima reina de los godos ante la cual los romanos empalidecen, según expresa el propio emperador. Su belleza y atractivo inspiran en Saturnino un deseo tan irresistible que su escasa dignidad es incapaz de contenerlo y decide nada menos que convertirla en emperatriz (en parte por despecho hacia los Andrónico, y en parte para mostrar su poder que quiere puerilmente expresar así que está por encima de cualquier presión). Dejando a un lado las veleidades del emperador y su envidia a los Andrónico de los que se venga renegando al compromiso adquirido de desposar a Lavinia, para luego, precipitadamente, optar por Tamora, de lo que nadie duda es de la belleza de Tamora. Mientras las enormes apetencias eróticas de Saturnino quedan así expresadas, notamos al mismo tiempo las escasas de Tito Andrónico. Porque Tamora es de Tito, le pertenece como botín de guerra y nada ni nadie le hubiera impedido poseerla. Tamora, en verdad, es en la imaginiería síquica que sostiene la obra, el ello prisionero y bloqueado de Tito. Si Tamora no levanta eco alguno en el ello de Tito, vislumbramos en el segundo regalo de Tito a Saturnino, su espada, la misma procedencia; y en el tercero, el carro de combate, el simbolismo invertido de detención síquica, de

falta de dinamismo, en esa estructura férreamente monopolizada por el superyó. Tito regala a Tamora porque él, que ha bloqueado sus instintos con tanta tenacidad, nada de ella puede satisfacerle y, en esas condiciones, la bellísima Tamora resulta un personaje incómodo. Lo mejor que puede hacer el gran estratega es regalar el objeto más bello a la más alta dignidad. Tamora, objeto de desecho (para la sique de Tito, como la espada y el carro) es el objeto erótico más precioso y digno de un emperador. Sacrifica el ello (Tamora) al superyó reflejado (emperador), por lo tanto, un regalo retórico e inútil; una evacuación síquica, no una donación. Pero sobre todo, un extraordinario modo de mostrarnos la verdadera dimensión síquica del general Tito Andrónico.